Diario de viaje, Charles Darwin, 1845 (Extractos)

9 de enero de 1834.—Es imposible reflexionar sobre el cambio que se ha realizado en el continente americano sin sentir el más profundo asombro. En remotas épocas, América debe de haber sido un hervidero de grandes monstruos; ahora no hallamos mas que pigmeos, cuando se los compara con las razas afines que los han precedido.

El mayor número, si no todos, de estos cuadrúpedos extintos vivió en un período reciente y fueron contemporáneos de las más de las conchas marinas que hoy existen. Desde que ellos vivieron no se ha efectuado ningún gran cambio en la forma del país. ¿Cuál ha sido, pues, la causa que ha exterminado tantas especies y todos los géneros? El ánimo se siente arrastrado desde luego irresistiblemente a suponer algún gran cataclismo; mas para destruir así tantos animales, grandes y pequeños, en el sur de Patagonia, en el Brasil, en la Cordillera del Perú, en Norteamérica hasta el estrecho de Behring, sería menester sacudir el globo entero (1). Fuera de eso, el examen de la geología de La Plata y Patagonia conduce a la creencia de que todos los rasgos del país provienen de cambios lentos y graduales. (...). Juzgando por el carácter de los fósiles en Europa, Asia, Australia y las dos Américas del Norte y del Sur, parece que las condiciones favorables a la vida de los mayores cuadrúpedos coexistieron últimamente en todo el mundo. Qué condiciones fueron ésas, nadie ha podido ni siquiera conjeturarlas hasta ahora. (...) ¿Es que el hombre, después de su incursión primera en Sudamérica destruyó, como se ha sugerido, el indómito y pesado *Megatherium* y los otros Desdentados? Sin embargo, si consideramos el asunto desde otro punto de vista se nos presentará menos enigmático (...) Si se nos pregunta la causa de ello, respondemos inmediatamente que está determinada por alguna diferencia de matiz en el clima, alimentación o número de enemigos; y, no obstante, ¡cuán pocas veces estamos en condiciones de puntualizar la causa precisa y modo de actuar el obstáculo limitador del desarrollo! Por tanto, nos vemos forzados a concluir que ciertas causas, gene raímente fuera de nuestro alcance, determinan si una especie dada deberá ser numerosa o rara.

La geología de Patagonia es interesante. A diferencia de lo que ocurre en Europa, donde las formaciones terciarias parecen haberse acumulado en las bahías, aquí, a lo largo de centenares de millas de costa, tenemos un gran depósito que contiene muchas conchas terciarias, todas al parecer extintas. La concha más común es una ostra maciza gigantesca, que a veces tiene tres decímetros de diámetro. Estos lechos están cubiertos por otros de una clase peculiar de piedra blanca, compuesta en gran parte de yeso y parecida a la cal, aunque en realidad su naturaleza es la de la piedra pómez. Es notabilísima por componerse, al menos en una décima parte de su volumen, de infusorios: el profesor Ehrenberg ha comprobado ya en ella la existencia de 30 formas oceánicas. La capa mencionada se extiende 500 millas a lo largo de la costa, y tal vez a distancia mucho mayor. ¡En Puerto San Julián su espesor pasa de 240 metros! Estos blancos estratos se presentan en todas partes cubiertos por una masa de cascajo, que forma probablemente uno de los mayores yacimientos de su clase en el mundo (...).

26 de abril de 1834. —En este día nos encontramos con un cambio notable en la estructura geológica de las llanuras. Desde el momento de la partida había yo examinado cuidadosamente la grava del río, y en los dos últimos días había notado la presencia de algunos guijarritos de un basalto muy celular. Estas piedrezuelas aumentaron gradualmente en número y tamaño, pero sin llegar a ser tan grandes como la cabeza de un hombre. Mas en la mañana de este día los guijarros de la misma roca, aunque más compactos, se hicieron de pronto más abundantes, y en el transcurso de media hora vi, a la distancia de cinco o seis millas, el borde angular de una gran plataforma basáltica. Cuando llegamos a su base hallamos que la corriente burbujeaba entre los bloques caídos. En las siguientes 28 millas, el curso del río se presenta obstruido por estas masas basálticas. Más allá de ese límite eran también muy numerosos los inmensos fragmentos de rocas primitivas, procedentes de la capa de cantos rodados de los alrededores. Ningún trozo de tamaño considerable había sido arrastrado río abajo por más de tres a cuatro millas desde la roca de origen: considerando la especial rapidez de la gran masa de agua del Santa Cruz, sin que en ninguna parte presente remanso o parte tranquila, este caso prueba patentemente la ineficacia de los ríos en el acarreo de fragmentos de roca, aun de moderado tamaño.

17 de diciembre de 1832.—Tras haber acabado con Patagonía y las islas Falkland, describiré nuestra primera llegada a Tierra del Fuego. Un poco después del mediodía doblamos el cabo de San Diego y entramos en el famoso estrecho de Le Maire. Nos mantuvimos cerca de la costa fueguina; pero el perfil de la abrupta e inhospitalaria isla de los Estados aparecía visible entre las nubes. Por la tarde anclamos en la bahía del Buen Suceso. Al entrar fuimos saludados en una forma extraña, propia de los habitantes de este salvaje país. Un grupo de fueguinos, ocultos en parte por el enmarañado bosque, se habían encaramado a un pico que salía sobre el mar, y mientras pasábamos saltaron a la parte más alta, y agitando sus andrajosos mantos lanzaron un fuerte y sonoro clamoreo. Los salvajes siguieron el barco, y precisamente al empezar a anochecer vimos sus hogueras y oímos de nuevo sus gritos salvajes. (...). Por la mañana el capitán despachó un grupo a comunicar con los fueguinos. Cuando estuvimos a corta distancia, uno de los cuatro indígenas que estaban presentes se adelantó a recibirnos y empezó a vociferar con gran vehemencia, deseando indicarnos dónde habíamos de desembarcar. Cuando la partida desembarcó en la orilla, los fueguinos parecieron alarmarse; pero siguieron hablando y gesticulando con gran rapidez. Era, sin excepción, el más curioso e interesante espectáculo que jamás había presenciado: imposible imaginar la diferencia que existe entre el hombre salvaje y el civilizado; es mucho mayor que la que hay entre un animal silvestre y domesticado, por lo mismo que el hombre es susceptible de mayor perfeccionamiento. El jefe charlatán era viejo, y parecía ser el cabeza de familia; los otros tres, jóvenes fornidos y vigorosos, medían un metro y 80 centímetros de estatura. Las mujeres y los niños no parecieron por allí. Estos fueguinos pertenecen a una raza muy distinta de la cretina, miserable y ruin establecida más hacia el Oeste, y parecen tener estrechas afinidades con los famosos patagones del estrecho de Magallanes. (...). Sus mismas posturas eran abyectas, y la expresión de sus rostros, recelosa, sorprendida e inquieta. Después que les regalamos alguna tela de color escarlata, en varios trozos, que inmediatamente se ataron alrededor del cuello, se hicieron buenos amigos. (...) El lenguaje de estos fueguinos, según nuestro modo de pensar, apenas merece el nombre de articulado. El

capitán Cook lo ha comparado al carraspeo que se hace al limpiarse la garganta; pero puedo asegurar que jamás oí a ningún europeo limpiarse la garganta con sonidos tan broncos, guturales y crepitantes. (...)

Hasta ahora no he dicho nada de los fueguinos que teníamos a bordo. Durante el primer viaje del Adventure y el Beagle, en los años de 1826 al 1830, el capitán

Fitz Roy se apoderó de unos cuantos naturales, reteniéndolos como rehenes por la pérdida de un bote que habían robado, con gran riesgo de unos cuantos oficiales ocupados en la topografía litoral; a varios de ellos, así como a un niño que compró por un botón de nácar, se los llevó consigo a Inglaterra con ánimo de educarlos e instruirlos en la religión a sus expensas. Restituir e instalar a estos fueguinos en su propio país fué uno de los principales motivos que indujeron al capitán Fitz Roy a emprender nuestro actual viaje (...). En un principio los prisioneros fueron dos hombres, uno de los cuales murió en Inglaterra de viruelas, un muchacho y una muchacha, y ahora teníamos a bordo al otro hombre, llamado York Minster;

el muchacho, bautizado con el nombre de Jemmy Button (denominación alusiva a su precio de compra), y a la muchacha, designada con los nombres de Fuegia Basket. (...)

Aunque los tres podían hablar y entender bastante el inglés, era sobremanera difícil obtener de ellos muchas noticias referentes a las costumbres de sus paisanos (...).

Fue interesante observar la conducta de los salvajes para con Jemmy Button después de desembarcar; inmediatamente notaron la diferencia entre él y nosotros

y platicaron largamente unos con otros sobre el asunto. El viejo dirigió una larga arenga a Jemmy, exhortándole, al parecer, a que se quedara con ellos. Pero

el interpelado apenas entendía su lenguaje, y por otra parte se avergonzaba de sus paisanos.